

La HERBOLERA



*Toti
Martínez
de Lezea*



Ambientada en Durango y en el valle de Atxondo, a las faldas del monte Anbotu, lugar repleto de mitología, leyendas antiguas y costumbres ancestrales, algunas de las cuales aún se conservan en el subconsciente colectivo de nuestro pueblo.

La herbolera narra los avatares de una joven curandera arrastrada por los acontecimientos de la época, la caza de herejes y brujos, que llevó a la hoguera a miles de personas por causa de las mentiras, los prejuicios y las obsesiones de las clases dirigentes políticas y religiosas.

La palabra "bruja" sigue siendo sinónimo de maldad, de mujer vieja y fea, y se olvida que muchas de aquellas víctimas eran niñas que aún no habían cumplido los diez años, que otras eran jóvenes en la flor de la vida y que la mayoría eran mujeres que únicamente trataban de ganarse el sustento.

A Alberto

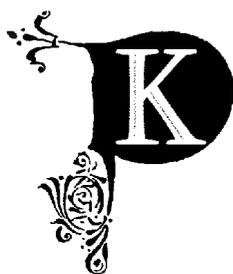
Con mi especial agradecimiento a Mikel Bildosola, que puso todo su empeño en guiarme hasta la cueva de Mari en Anboto; a Eneko Urrutia, que me explicó con detalle todo lo referente al parque natural de Urkiola con su flora y su fauna; a Ernesto García Fernández, catedrático de Historia Medieval de la UPV, que compartió conmigo su visión sobre los herejes de Durango; a Javier Sagastizabal y a los amigos y amigas que leyeron el original y me dieron sus opiniones y apoyo.

*“Dejemos las cosas comunes rimadas,
que riman y cantan por cada cantón,
de Circe, Tiresia, Medea, Jasan,
con las Durangas de Embote nombradas.
hasta que sepas de como dañadas
son por sus obras en este caos,
tentaban las cosas del supero Dios
y fueron por lucha mortal derribadas,
no sólo por una caída mas dos”
(*Anboto)*

El Cartujano, 1521

“[...] y en las montañas y provincias de Vizcaya, de otros que llaman de la sierra de Amboto que tenían diabólicos errores [...] En los cuales tratos también se entremeten, y mucho, unas falsas mujeres hechiceras que llamamos brujas y sorguiñas, las cuales hacen hechizos y maldades, tienen sus pláticas y tratos con los demonios [...] En los procesos que se hicieron contra aquellos de la sierra de Amboto, se dice y confiesa por muchas personas haber visto al diablo y habládole, a veces en figura de cabrón otras veces en figura de un mulo grande y hermoso [...] y dicen éstas que se reconciliaron y confesaron su error, que si algunas veces aparecía el diablo en figura de hombre, siempre traía alguna señal que demostraba su maldad, como un cuerno en la cabeza o en la frente, o algunos dientes de fuera que se salían fuera de la boca, o cosa semejante”.

Arcediano don Pedro Fernández de Villegas



atalintxe! ¡Katalintxe!

Catalina alzó la cabeza al escuchar los gritos de su madre. Estaba sentada sobre la hierba mullida y verde de la loma, una corona de margaritas sobre sus cabellos cortos, los pies descalzos tintados de verdín y el cestillo lleno de flores silvestres sobre su regazo. Había corrido a su escondite secreto como de costumbre, en cuanto pudo escapar de sus tareas diarias: barrer, ordeñar a las cabras, dar de comer a las gallinas, recoger los huevos y soltar a los perros. Aquel era un lugar encantado que sólo ella conocía. Ella y la Dama que habitaba en una cueva del monte sagrado.

La silueta del Anboto se recortaba sobre el claro cielo de primavera. Como siempre que la Dama se hallaba en él, hilos de nubes entrelazados cubrían su cumbre ocultándola de la vista de los mortales, rodeándola de misterio. Desde el comienzo de los tiempos, los habitantes del valle habían dirigido cada día sus miradas hacia la cúspide, suspirando aliviados cuando comprobaban que estaba cubierta porque sabían entonces que la diosa estaba en su casa y podían contar con su protección y descorazonados por la incertidumbre de su regreso cuando aparecía limpia porque ello significaba que Mari había acudido a alguna de sus otras moradas en Zaldiaran, Aketegi, Murumendi, Akelarre, Lezea o Azalegi.

Catalina acudía a su lugar secreto con la esperanza de ver algún día a la Señora. Conocía los relatos que narraban desapariciones de jóvenes lo suficientemente osadas o in-

conscientes para entrar sin permiso en la morada de Mari. No había quedado rastro de ellas y únicamente algunas veces, y mucho tiempo después, aparecía una prenda, un pañuelo o el anillo de alguna desventurada. No, ella no se adentraría en la cueva sin permiso, esperaría paciente a ser invitada si es que algún día lo era. Entraría respetuosa, esperaría a que la Dama hablara y después se retiraría despacio, caminando hacia atrás, sin darle en ningún momento la espalda. Mientras, aprovechaba cualquier momento para acudir a aquel lugar, sentarse en la hierba de cara a la peña, tejer coronas de flores y hablar con la Dama como con una amiga íntima a la que nada se oculta.

A pesar de pertenecer a Arrazola, que está a su vez a poco de Axpe, Abadiño y la importante villa de Tabira de Durango, los moradores del caserío Goiena siempre se habían sentido ajenos al resto del mundo. Nunca participaban en las fiestas, celebraciones y procesiones organizadas en el pequeño pueblo del valle de Atxondo, el más alto de todos, el más cercano a la peña. Pero si Arrazola estaba alto, ellos lo estaban aún más y vivían mucho más cerca de la Dama que ningún otro ser de la Tierra. Tal vez por ese motivo, por sentirse tan próximos a la diosa o, simplemente, porque para llegar hasta la casa era preciso subir una estrecha y empinada pendiente que exigía ciertas dosis de ánimo, pasaban meses sin que vieran a nadie conocido o desconocido. No sabían el nombre del señor de Bizkaia; por no saber, a veces ni siquiera conocían al alcalde de Arrazola y tampoco les importaba demasiado. No recibían visitas, ni las hacían. Durante generaciones los antepasados de Catalina habían sido considerados las personas más hurañas de la anteiglesia y ellos habían procurado no perder tal fama. Durante algunos años, en vida de la otra Catalina, la bisabuela, los Goiena habían dejado de estar tan aislados. El don de la anciana señora atraía como la miel a las moscas y raro era el día en que no se viera a hombre o mujer subir sudorosos la pendiente, a pesar de que luego tardaban al-

gún tiempo en recuperarse del esfuerzo y del temor que ella les producía. La casa volvió a estar silenciosa tras su muerte, puesto que ni su hija, ni su nieta habían heredado su talento.

Graciana de Goiena subía la loma, pero se detuvo al ver que la joven bajaba.

–¡La abuela quiere hablar contigo! –gritó haciéndole un gesto para que apresurase el paso.

Era una mujer madura, pero aún joven, bien proporcionada y de rasgos armoniosos, aunque su mirada reflejaba una mezcla de bondad y tristeza que no dejaba de llamar la atención. Había trabajado duramente desde su niñez y no recordaba ni un solo día de su vida en que hubiera tenido tiempo para el ocio, siempre ocupada en las tareas que la obligaban a levantarse antes del amanecer y la mantenían en vela hasta muy entrada la noche. Lo único que nunca le cansaba, ni aburría, era el tiempo dedicado a las hierbas aunque, a decir verdad, consideraba dicha actividad como parte del trabajo de la casa.

Había aprendido de su madre –quien a su vez lo había aprendido de la suya, y ésta de la suya– el arte de las herboleras. Conocía uno por uno los nombres de todas las hierbas, plantas y flores que crecían desde las laderas del Anbotu hasta las campos de Abadiño; distinguía con los ojos cerrados la diferencia entre las hojas de la adelfilla y las del arraclán; podía predecir si un pequeño brote llegaría a germinar y ni la ceniza, ni la grasa podían hacer desaparecer el verde de sus dedos y uñas. Lo que en otra persona hubiera, sin duda, constituido un pasatiempo o una curiosidad, en Graciana era algo elemental. La recogida de las hierbas en su momento más oportuno, su disposición en ramilletes atados y colgados en el desván, su preparación y aplicación no tenían secretos para ella, como tampoco los habían tenido para ninguna mujer del caserío Goiena durante varias generaciones.

Al nacer la joven Catalina, su abuela Domenja no pudo ocultar su emoción.

–¡Tiene el don! –exclamó feliz al contemplar a su nieta recién nacida.

–¿Cómo puedes saberlo? –preguntó Graciana.

–Porque lo sé. Lo veo en su mirada –respondió Domenja satisfecha–. Es el don de las mujeres de nuestra familia. Ni tú, ni yo lo tenemos, pero la pequeña Katalintxe sí que lo tiene, ¡igual que mi madre!

Graciana no supo entonces si alegrarse o apenarse por la noticia. Recordaba vagamente a su abuela, una mujer enjuta, eternamente vestida de negro, parca en palabras y gestos. La recordaba moviéndose por la casa, ligera y silenciosa como un gato, musitando extrañas palabras, preparando compuestos de hierbas y otros elementos en una esquina de la cocina o poniendo sus manos en las personas desconocidas que subían hasta la casa para que ella aliviase sus males. Luego murió. Su madre solía decir con orgullo que jamás había habido en la comarca un funeral como aquél. Nada más morir repicaron las campanas de Arrazola, siendo respondidas por las de Axpe y por las de todas las pequeñas iglesias, ermitas y conventos del valle. Se dijo entonces que las campanas habían repicado solas, que nadie había tirado de las sogas. Decenas de personas llegaron para el velatorio desde todos los rincones de Atxondo y aun fueron muchas más las que, al día siguiente, acompañaron el cadáver durante el entierro. Eran incontables los que le debían su salud y la de los suyos. Graciana se sorprendía a veces pensando que, en realidad, el motivo de tal multitud en los funerales de su abuela no había sido el agradecimiento, sino el deseo de ver con sus propios ojos que la enigmática se-ñora estaba bien muerta. Que ella recordara, jamás la había besado y tampoco recordaba que alguna vez le hubiera sonreído. Por nada del mundo quería que su pequeña Katalintxe se le pareciera.

Aún se hablaba de ella en el valle a pesar de los años transcurridos. Muchos lamentaban que ninguna otra mujer de la familia hubiese heredado el maravilloso talento que le hacía predecir la salud o la enfermedad, e incluso la muerte; que le permitía conocer exactamente el mal que aquejaba al enfermo y preparar ungüentos, jarabes o tisanas que, si no en todas, en muchas ocasiones aliviaban el mal. No había en la zona ninguna otra herbolera-curandera capaz de sanar como ella unas fiebres con una tisana de hinojo y ajenjo, un mal de estómago con emplastos de harina de linaza y leche o una gangrena a base de lavados con agua de cocido de la dedalera. Pero era sobre todo su talento para predecir si un enfermo sanaría o no, lo que verdaderamente añoraban sus vecinos. Si la enfermedad tenía cura, ella la encontraba y si no, ¿para qué molestarse en ir hasta Abadiño en busca del físico? Más valía dejar al enfermo en paz y ocuparse de los preparativos del entierro.

En un principio, Domenja se encargó de seguir suministrando algunos preparados que había aprendido a elaborar ayudando a su madre, pero pronto dejó de hacerlo. Sus conocimientos sobre las propiedades terapéuticas de las hierbas no eran mayores a las de cualquier otro. En todos los caseríos se disponía de una buena reserva de toronjil, ajenjo, malvavisco, borraja, cola de caballo, tomillo, corteza de cerezo silvestre y de sauce, hojas secas de zarzamora, hierba del señor San Juan y otras hierbas básicas para curar cualquier tipo de resfriados, dolor de muelas, males de mujeres o luxaciones. Por mucho que lo intentara, nunca llegaría a ser tan diestra y capaz y su hija Graciana tampoco parecía tener una habilidad especial para la curación. Poco tiempo después nadie en Arrazola mencionaba a las dos últimas moradoras del caserío Goiena si no era para denostar su aislamiento y su ausencia de la iglesia.

Así estaban las cosas cuando Catalina nació. Su abuela y su madre estaban todo el día pendientes de ella. La primera esperaba ansiosa el momento en que la niña diera mues-

tras del don que estaba segura tenía, la segunda veía en ella el reflejo del hombre que durante un tiempo había compartido su vida.

Fue un tiempo corto, demasiado corto, que le dejó un recuerdo enamorado y engrandecido, mezclado con un poco de amargura que, a veces, la despertaba en medio de la noche cubierta de sudor. Encendía entonces el candil y esperaba encontrarlo en el lecho, a su lado, desnudo y fuerte, extendiendo sus brazos para protegerla y entregarse a ella. Pero no era él, sino la pequeña criatura quien dormía a su lado, arrebujaada y tranquila. Trataba de reconocer en su hija los rasgos del hombre amado y lloraba porque apenas si se acordaba de ellos. Los años habían borrado su huella, como el agua borraba las pisadas sobre el camino.

El padre y el abuelo de Catalina murieron en la misma emboscada que los parientes de la familia Butrón tendieron a los partidarios de Martzana de Axpe, familiares a su vez de los Abendaño, enemigos acérrimos de los primeros. Una de tantas confrontaciones que tenían lugar desde hacía varios siglos en tierras del Señorío, en Gipuzkoa, Álava y Navarra. Domenja y Graciana lloraron juntas, juntas enterraron a sus muertos y juntas afrontaron el futuro con la esperanza puesta en el vientre abultado de la más joven.

La niña nació en medio de una noche tormentosa en la que los rayos iban a estrellarse contra el Anboto. Tardó en llegar, como si no quisiera abandonar el refugio silencioso y acogedor que la había protegido durante sus primeros nueve meses de vida. Varias semanas después, las dos mujeres bajaron a Arrazola con la recién nacida en brazos. El párroco, don Miguel, no pudo reprimir un gesto de sorpresa al verlas entrar en la iglesia y ochenta pares de ojos se volvieron hacia la puerta. La última vez que habían sido vistas en la población había sido en el funeral de los muertos de Martzana, seis aquel día, y desde entonces había transcurrido más de un año. Ellas no habían bajado al pueblo, pero tampoco nadie había ido a visitarlas durante aquel tiempo.

Un murmullo recorrió el recinto a medida que los presentes se apartaban para dejarles paso hasta el altar.

–Graciana de Goiena, ¿quién es la criatura que tienes en los brazos? –preguntó el clérigo en tono acusador.

–Es mi hija –respondió ella mirándole directamente a los ojos–. La he traído a bautizar.

–Es hija del pecado –dijo el párroco, alzando el tono de la voz para que todo el mundo pudiese escuchar bien claro sus palabras.

Se percibió un nuevo murmullo. Domenja se encaró a sus vecinos y el murmullo cesó. Después se giró de nuevo hacia el cura y fijó su mirada en él.

–Es hija legítima –su voz suave pero firme sonó amenazadora–. Martín de Muntsaratz, el marido de Graciana, fue su padre.

–¡No estaban casados como Dios manda! –tronó el hombre.

–Estaban casados ante los suyos.

–¡Pero no ante Dios! ¡Yo no les di el Santo Sacramento! –gritó nuevamente don Miguel.

Los vecinos esperaban el desenlace sin apenas respirar. Tendrían de qué hablar durante semanas, aunque aquella situación no era nueva para nadie. La Iglesia ponía gran empeño en acabar con las uniones no bendecidas por ella, pero seguía manteniéndose la antigua costumbre de la prueba prematrimonial, considerada por todos como un verdadero matrimonio si no se rompía. El caso de Graciana era muy similar al de otros muchos mayorazgos. Cuando el heredero o heredera estaban en edad de matrimoniarse, los padres les buscaban pareja y en el momento en que llegaban a un acuerdo con la otra familia se celebraba un gran banquete al que eran invitados amigos y parientes y los dos dormían en el mismo lecho a partir de entonces. La otra boda, la de la iglesia, se celebraba cuando la pareja había tenido un primer hijo o incluso varios. Eso demostraba que ambos eran fértiles y que la casa y las tierras pasa-

rían a sus descendientes. Podía ocurrir que el heredero de la casa muriese sin haber tenido hijos y entonces la propiedad pasara al extraño legalmente casado y la heredad, conservada durante varias generaciones, fuera a manos de gente ajena a la familia. Si pasados algunos años no había señales de preñez, la unión se disolvía y se buscaban nuevos enlaces.

Ni qué decir que a los ojos de la Iglesia semejante costumbre no dejaba de ser un concubinato repudiable. Todos, obispos, curas y frailes, llevaban su propia cruzada para atajar un uso a todas luces pagano, reminiscencias de un pasado aún no muy lejano. Pero así como la religión cristiana había acabado con muchas de las antiguas prácticas vascas, aquella, entre otras, estaba siendo un hueso duro de roer. Por mucho que vociferasen y clamasen que ningún buen creyente podía fornicar fuera del matrimonio consagrado, a la hora de tratarse de heredades, casas y dineros, ni el más cristiano de los vizcaínos estaba dispuesto a jugarse el futuro de la familia. Aunque –todo hay que decirlo– la mayoría llevaba el asunto con discreción, sin banquetes prematrimoniales, presentándose ante el cura con los hechos consumados. La boda y el bautizo solían celebrarse al mismo tiempo para desesperación de los clérigos y regocijo de las familias de los contrayentes.

–Con o sin tu bendición estaban casados –repitió Domenja en el mismo tono– ¿Vas a bautizar a mi nieta o no?

Durante unos instantes pareció que el párroco iba a negarse.

–¿Cómo la llamaréis? –preguntó finalmente.

–Catalina, como su bisabuela –respondió ella con orgullo.

–¿Y los padrinos?

Domenja se volvió de nuevo, miró a la concurrencia e hizo una seña casi imperceptible. Dos hombres y dos mujeres se aproximaron al altar y Catalina de Goiena fue bautizada.

Un día, varios años después, la pequeña Catalina supo que uno de los corderos estaba muy enfermo y se echó a llorar. Su madre y su abuela corrieron hacia ella asustadas, les contó lo que ocurría y ellas se acercaron al animal, pero no vieron en él señal alguna de heridas, ni ojos vidriosos, ni mala respiración.

–El cordero está bien, cariño –dijo Domenja acariciando la cabeza de su nieta y deseando, aun sin atreverse a decirlo en voz alta, que la niña estuviera en lo cierto.

Dos días después el borreguito estaba muerto. Graciana lo encontró tumbado sobre un montón de paja seca, debajo del carro, y llamó a su madre. Comprobaron una vez más que no había herida aparente, ni mordisco de lobo, ni señal de enfermedad en el animal y lo enterraron rápidamente para evitar que la niña lo viera. Después, la abuela Domenja sacrificó un carnero con sus propias manos, le extrajo las asaduras y se dirigió a la parte alta de sus tierras, la más cercana al Anboto.

La niebla cubría el valle transformándolo en un mar de aguas silenciosas y quietas, alterado única-mente por el sonido de los esquilones de ovejas y cabras que se desparra-maban por las laderas, pero, en aquel lugar, el cielo estaba despejado y en la hierba brillaba el rocío de la mañana iluminado por los rayos del sol. Se aseguró de que la cumbre del monte estaba cubierta y sonrió sabiendo que la diosa se encontraba en su morada. Guió sus pasos hacia unos matorrales, tras unas rocas; con mucho cuidado dejó las asaduras en el suelo y durante un buen rato arrancó matas y hierbas hasta que sus manos estuvieron llenas de arañazos. Limpió la piedra con el delantal y depositó sobre ella las entrañas del carnero. Entonces se descalzó y sintió la fuerza de la tierra que ascendía por sus pies. Esperó un rato con los ojos fijos en un punto cercano a la cresta de la montaña, la entrada de la cueva de la Dama, que más que verse, se intuía desde la lejanía, cerró los ojos, colocó sus ma-

nos encima de las asaduras aún templadas del animal e invocó a Mari ofreciéndole el sacrificio. Al igual que había hecho su madre muchos años atrás, al igual que lo habían hecho todas las mujeres de su familia desde tiempos remotos, al igual que ella misma cuando nacieron su hija y su nieta.

Sintió que una ráfaga de aire helado la envolvía como un sudario y la transportaba por los aires hasta la cueva. Supo que caminaba a través de un estrecho pasadizo dentro de la montaña. La fuerza la empujaba hacia una zona luminosa que se abría al final del mismo y vio al llegar allí la figura resplandeciente de Mari que extendía sus brazos para recibir la ofrenda. Era tal su emoción y su congoja que únicamente fue capaz de emitir un sonido ronco al abrir la boca:

–Katalintxe...

Cuando despertó, el sol se hallaba en su punto más alto y ella se encontraba tumbada sobre la hierba, completamente empapada por la humedad. Se levantó con dificultad y dirigió una última mirada a la montaña. ¿Había tenido un desmayo? ¿Había soñado? Nunca antes había pasado por una experiencia similar, ni siquiera en la última ocasión, cuando fue a agradecer a la diosa el nacimiento de su nieta que tanta alegría le había causado después de tantas desgracias. Recogió sus abarcas para regresar a la casa y entonces se fijó en la piedra. Las asaduras del carnero habían desaparecido.

Catalina había acabado de bajar la pendiente y entró en la casa como una tromba, dirigiéndose directamente a la cocina.

–Abuela, ¿qué quieres? –preguntó con el rostro enrojecido por la carrera.

–Niña –dijo Domenja mirándole con seriedad–, ya eres una mujer y como una mujer debes empezar a comportarte.